

Juan está casado, pero su gran amor es el marido de una mujer: ella lo sabe y acepta la relación

23/11/2025



Hay personas que guardan retratos como si fueran amuletos. Juan, a sus 44 años, conserva una foto cuatro por cuatro desde los 18 años. La mira cada día, como **quien toca un borde secreto para no olvidarse de quién fue** y de quién lo rescató cuando la vida no parecía tener un rincón tibio donde quedarse.

Hace 15 años vive en Italia con Diego, su pareja. Tiene casa, estabilidad, un horizonte sin sobresaltos. “Pero tengo una relación de años con alguien a quien amo mucho”, revela Juan, dejando saber en ese “pero” que no habla de su marido actual, sino del hombre de la estampita en su billetera: Nico.

Cuando mira esa foto, Juan **vuelve a ser aquel pibe que dormía en una pensión de Once**, que contaba las monedas para comer y aún así guardaba cincuenta centavos para escribirle a Nico. Porque el amor nació ahí: en una computadora lenta del año 2000, en un chat al que entró con un nickname de mujer porque **todavía no podía soportar su propia verdad**.

El origen del fuego

Juan creció en casas que eran trincheras. Primero en Mendoza, con una madre que **no podía protegerlo del compañero violento**. Después en Avellaneda, con **un padre hundido en el alcohol**. “Vengo de una familia totalmente rota y disfuncional. Me fui de la casa de mi mamá porque una de sus parejas me golpeaba, y terminé en lo de mi papá, donde **la violencia y el alcohol eran parte de la vida diaria**”, relata con resiliencia.

Cuando Juan se mudó a Once, en aquella pensión húmeda y barata, todavía cargaba la costumbre de vivir con miedo. Y por eso aquel encuentro en el chat lo desacomodó: del otro lado de la pantalla había un chico que escuchaba, que se reía, que **hablaba con él sin pedir nada a cambio**. “Era fascinante. Me ayudó mucho para salir adelante”, dice Juan con una ternura que conmueve. Nico tenía luz propia, y también esa familia que Juan siempre había soñado tener.

“Nos hicimos amigos a través del chat. Entré con un nombre de mujer porque, supongo, que en ese momento yo no aceptaba mi homosexualidad y me mentía a mí mismo. **Fue por eso que jamás entré a un canal de chat gay**. Pero él cambió todo», dice con su voz ronca y la mirada perdida. Así, se hicieron amigos. Cartas digitales, largas y torpes, que le daban un aire parecido a la esperanza. “Nos mandábamos correos todo el tiempo. ¡Era maravilloso!”, manifiesta Juan embebido en el pasado, y agrega: “Vivía con lo justo y **prefería comer todos los días fideos pero tener mi monedita para comunicarme con Nico**”, explica en una sola línea esa fase de enamoramiento absoluto.



El vínculo entre Juan y Nico comenzó de manera virtual. (Foto: Imagen generada con IA)

Aunque todavía cargaba un secreto: Juan no se animaba a asumir que estaba enamorado de un hombre; un hombre que tampoco sabía que estaba chateando con otro hombre. “Me quiso conocer y **tuve que decirle la verdad**”, cuenta todavía avergonzado por su mentira piadosa. “Por supuesto que dejó de hablarme”, reconoce. Juan le envió tres mails “y nada”. Pensó que lo había perdido. **Pasó un mes entero sin una señal de Nico**. Hasta que un día llegó un mensaje simple, casi seco: “¿Cómo andás?”. Y esa frase fue el principio del regreso.

La amistad que es amor

“Quedamos para encontrarnos en un shopping y nos prometimos ser amigos”, dice pausado, como quien revive ese preciado momento y **se niega a dejarlo escapar**. Mates en la costanera, largas charlas, paseos sin rumbo, eran algunas de sus salidas habituales. **Nico lo presentó a su familia**: “Algo normal, como cualquier amigo que lleva a otro a casa de sus padres”. Lo dejaron dormir en su casa. Juan sintió, por primera vez, lo que era entrar en un hogar donde nadie gritaba. **Nico se había convertido en su lugar seguro**.

Un día, después de tanta cercanía, lo inevitable sucedió. “Nos mirábamos y una noche de esas que me quedé empezamos a tocarnos y **pasó lo que tenía que pasar**”, dice con **un tono más cercano a la culpa que a la lujuria**. Se eligieron. Juan podía sentir la felicidad que nunca había tenido y siempre había deseado, pero a la vez le costaba disfrutar el presente: **“Sentía culpa y vergüenza por esa familia que me había adoptado como hijo**; pero Nico no lo vivía como algo malo”. Juan había venido a despabilarlo. Soltaron el control y abrieron espacio a lo nuevo. Entonces **la relación amor-amistad siguió**.

“Claro que en mi vida nada es feliz sin que termine mal”, se apresura a introducir Juan, la historia que terminó de golpe: “Una mañana la madre de Nico abrió la puerta de la habitación y nos encontró durmiendo en la misma cama”, advierte con angustia, y hace una pausa para anunciar lo peor: “Ahí se cortó todo. Fui expulsado de esa familia”.

Sufrió como un condenado y lloró océanos, pero lo aceptó. “Dolió, dolió muchísimo”. **Nunca había tenido demasiado para defender**. “Yo era un simple joven que buscaba amor como un perro de la calle porque en mi vida familiar jamás sentí amor”, se sincera Juan, sin poder disimular aún su amor eterno por Nico: “Él tenía todo: desde la familia que siempre quise tener, a ese carisma tan ansiado que tampoco tengo”, concluye acariciando una vez más la única foto carnet de su amigo, que **conserva “como un tesoro” y mira todos los días**.



Una mañana la madre de Nico abrió la puerta de la habitación y los encontró durmiendo en la misma cama. “Ahí se cortó todo. Fui expulsado de esa familia”, sostuvo Juan. (Foto: Imagen generada con IA)

Solo ellos pudieron ser **tan breves y tan para siempre**.

Nueva vida, vieja herida

Los años siguieron. Juan conoció a Diego, su actual pareja, y dejó la Argentina. “Total, no tenía nada que me retuviera”, explica sembrando intriga. Viajó con lo puesto y con ese retrato de Nico escondido entre sus cosas más íntimas, como quien escapa de la guerra y **salva lo indispensable para sobrevivir**.

El tiempo parecía haber cerrado la historia. “Hasta que un día Nico apareció nuevamente. Allí estaba mandándome una invitación”, cuenta aliviado. La verdadera responsable de la vuelta fue María: “Su esposa se lo pidió”, esclarece Juan, y continúa: “Nico le habló de nuestra relación y **ella le sugirió que retomara el contacto**. Para su mujer en el amor no hay culpas, es más, al poco tiempo ella misma **me envió una solicitud de amistad**”, narra con tanta gratitud que emociona.

La invitación era una puerta abierta hacia el pasado. Y Juan ingresó. “Sin dudas”.

Lo que al principio fue confuso, pronto encontró sentido: **no era un triángulo clandestino** ni una sombra incómoda, sino una propuesta tan extraña como noble; **una especie de pareja en un mundo paralelo. “Hoy vivimos con intensidad un romance”,** destapa por fin Juan.

Así, comenzaron un vínculo que existe sin reclamar nada, que respira en los huecos de la vida cotidiana sin pedir títulos. “El destino no nos unió oficialmente”, contempla Juan, “pero tampoco se equivocó. **Nos dejó en manos de personas que nos quieren y nos aceptan. Y eso también es amor”.**

Luego del reencuentro virtual, llegó el esperado abrazo tangible. No fue una reunión de adolescentes: **la profundidad, la calma y lo inevitable reinaron el espacio.** Armaron un pacto. No querían destruir nada ni lastimar a nadie. “Jamás arruinaría a su familia”, afirma Juan con seriedad. La esposa de Nico lo sabía. La pareja actual de Juan también. **Todos conocían la existencia de ese amor extraño y sincero.**

Cuando los hijos de Nico viajaron a Italia de vacaciones, conocieron a Juan quien, hoy en día es “el tío Juan”. No hay secretos oscuros, solo silencios cuidados. **Dicen que la sinceridad sin falta de empatía es crueldad,** y ellos lo saben mejor que nadie.



La relación de Juan y Nico empezó en la adolescencia: el fuego sigue encendido 20 años después. (Foto: Imagen generada con IA)

Los dos siguen escapándose como aquellos jóvenes que solían amarse, **buscándose en algún rincón del tiempo que solo les pertenece a ellos**. No viven a escondidas, pero **se mueven con suavidad para no herir**. Nico sigue casado. Juan también. Nadie quiere cambiar eso. “Con su mujer tengo una excelente relación y la respeto, y sigue siendo su esposa. Sus hijos necesitan una madre y un padre que estén juntos”.

Su único miedo es que los hijos, algún día, no lo entiendan. **O que lo juzguen**. O que no puedan ver que él nunca quiso romper una familia. Que lo único que quiso, desde aquel año 2000, **fue amar sin hacer daño**.

“Nuestro amor sigue siendo inmenso y todos los días cuento los días que me quedan para encontrarnos. Por supuesto que no viajo a la Argentina; **no tengo nada que hacer allá**”, comenta con una mezcla de nostalgia y resentimiento por su tierra de origen que no lo supo comprender. “Somos felices así o, mejor dicho, encontramos nuestra felicidad y **la adaptamos a los nuevos tiempos**”, expresa con sabiduría.

En cada encuentro, carga una idea que repite como un mantra: cuidar. Cuidar a los hijos que no son suyos pero le importan. Cuidar a su pareja, que conoce esta historia e igual lo acompaña. Cuidar a la esposa de él, que hace casi 20 años sostiene un matrimonio feliz y eligió actuar desde la comprensión. “Nuestro amor es inocente”, asegura, “pero también maduro. Sabemos nuestros límites y los honramos”. Y a modo de testamento viviente declara: “Solo deseo que si sus hijos alguna vez se enteran de la relación que tengo con su padre, **sepan entenderlo o nos perdonen**. Creo que ambos no somos culpables **sino víctimas de las circunstancias**”.

Hay historias que no entran en las reglas. Que desafían los moldes, las teorías y las frases hechas. Historias que se mueven en un territorio silencioso donde **cada quien hace lo mejor que puede con lo que tiene**.

Juan encontró amor en lugares donde **antes solo había ruido**. Encontró un refugio sin llegar a poseerlo. Y aprendió que no todas las historias necesitan un final tradicional para ser verdaderas. “Por supuesto que lo amo y sé que me ama **pero también tenemos nuestros valores**, y yo jamás destruiré su familia ni dejaré que deje a su mujer por mí. No vivimos a escondidas pero **tratamos de que nuestra relación no lastime a los demás**”.



Los dos siguen escapándose como aquellos jóvenes que solían amarse, buscándose en algún rincón del tiempo que sólo les pertenece a ellos. No viven a escondidas, pero se mueven con suavidad para no herir. (Foto: Imagen generada con IA)

Porque, a veces, el amor no se trata de elegir entre blanco o negro, sino de **construir un gris suave donde todos puedan respirar**. Y en ese espacio, aunque nadie lo vea, también late un tipo de felicidad. Una que él, con su foto guardada como un talismán, **sigue agradeciendo cada día**.

Hay amores que no rompen nada. Solo abren una puerta tranquila hacia un mundo paralelo donde **dos personas se eligen sin desarmar lo que ya existe**.

Fuente: TN